

Nuria Calduch-Benages

LA PALABRA CELEBRADA

Explicación bíblica de las lecturas
de todos los domingos y fiestas

Triduo Pascual, ciclo A

Del 6 al 8 de abril de 2023

Domingos de Pascua, ciclo A

Del 9 de abril al 16 de mayo de 2023

dossier **CPL**

TRIDUO PASCUAL

Jueves Santo

Primera lectura: Éxodo 12,1-8.11-14

Prescripciones sobre la cena pascual.

Entre el anuncio de la décima plaga que el Señor manda contra el faraón de Egipto (Ex 11,1-10) y la muerte de los primogénitos (Ex 12,29-30), se sitúa la institución de la Pascua (Ex 12,1-28), de la cual nuestra lectura recoge dos fragmentos sobre el ritual de la fiesta.

La fiesta de la Pascua, que se celebraba el 14 de Abib (marzo-abril), resulta probablemente de la combinación de dos fiestas muy antiguas nacidas en dos ambientes culturales muy distintos: una era de origen pastoril (se daban gracias a Dios por la fecundidad del ganado) y la otra de origen agrícola (se ofrecían a Dios las primeras espigas recogidas en el año). Ambas se celebraban en primavera. La primera fiesta, que consistía en sacrificar un cordero cuya sangre se derramaba sobre la tienda para alejar a los malos espíritus (entiéndase, las plagas), se convirtió para Israel en memorial de la liberación de Egipto por mano de Yahvé. La segunda fiesta, llamada de los ácidos, consistía en comer pan sin levadura durante siete días para recordar, al igual que la anterior, la salida de Egipto y la nueva vida de los israelitas como pueblo liberado.

En un determinado momento de la historia de Israel, probablemente durante el tiempo del rey Josías (siglo VII aC), las dos fiestas se unificaron (cf. Dt 16,1-18; Lv 23,5-8).

Segunda lectura: 1 Corintios 11,23-26

Cada vez que coméis del pan y bebéis de la copa, proclamáis la muerte del Señor.

Este fragmento de la primera carta a los Corintios forma parte de 11,17-33, una sección dedicada a la celebración de la cena eucarística en la que Pablo da algunos avisos al respecto. En las comunidades primitivas se celebraba la eucaristía durante una cena como signo de comunión y fraternidad. Ahora bien, en la comunidad de Corinto las divisiones internas y el hecho de que cada persona comía lo que ella misma había traído para la cena sin preocuparse de los que no tenían nada que compartir habían desvirtuado el carácter de la celebración.

Después de amonestar a los cristianos por este comportamiento indigno, Pablo recuerda la tradición que él ha recibido sobre la institución de la

eucaristía. «Recibido» y «transmitido» son los vocablos clásicos que definen la «tradición» del contenido de la fe en la Iglesia. El apóstol dice que ha recibido del Señor, es decir de los testimonios oculares, lo que transmite. «Dar gracias» (en nuestro texto «pronunciar la acción de gracias») en griego se dice *eukharisto*, de donde deriva la palabra «eucaristía». Este término expresa toda la realidad del gesto de Jesús: su presencia en los signos del pan y del vino («Esto es...»), la representación de su muerte redentora («por vosotros...») y la dimensión convivial («comed...bebed»). La expresión «nueva alianza» (cf. el texto de Jr 31,31-34 y las palabras de Moisés en Ex 24,8) indica la alianza establecida con la sangre de Jesús.

Evangelio: Juan 13,1-15

Los amó hasta el extremo.

Con el relato del lavatorio de los pies empieza la segunda parte del cuarto evangelio, conocida como el libro de la gloria (Jn 13–20), cuyo tema principal es la glorificación de Jesús y su retorno al Padre. En estos capítulos se lleva a cumplimiento todo lo que el Prólogo y los signos anticipaban en la primera parte del evangelio.

Así pues, en 13,1 la Pascua de Jesús coincide con su «hora», la cual supone su regreso al Padre y el amor por «los suyos» hasta el extremo. La expresión «hasta el extremo» (*eis telos* en griego) es ambivalente, pues puede tener un significado temporal (hasta el final de su vida) o bien cualitativo (hasta el extremo de sus posibilidades). No olvidemos que a Juan le gustan estas ambivalencias semánticas que suscitan la curiosidad del lector o lectora a la vez que ensanchan el horizonte interpretativo del texto.

Durante la vigilia de la fiesta de Pascua, mientras cenaban, Jesús se dirige solamente a sus discípulos y realiza el gesto del lavatorio de los pies acompañándolo de un largo discurso de despedida. Con dicho gesto Jesús expresa su condición, el sentido de su misión y el futuro de los discípulos, enseñándoles cómo se deben comportar en el mundo. Siendo Maestro y Señor, Jesús realiza una acción propia de esclavos y sirvientes, impropia para su rango, indigna y humillante según los criterios humanos. Sin embargo, lavar los pies de los discípulos adquiere en este contexto pascual un significado mucho más profundo que supera cualquier norma de carácter social. El lavatorio de los pies es prefiguración de su entrega en la cruz y modelo para todos sus discípulos, especialmente para los responsables de la comunidad, quienes a menudo caen en la tentación de exigir ser servidos en lugar de servir.

Viernes Santo

Primera lectura: Isaías 52,13–53,12

Él fue traspasado por nuestras rebeliones.

Después de un cántico al Señor por la restauración de Jerusalén (Is 52,7-12), el poeta anónimo autor de los cap. 40–55 del libro de Isaías, conocido como el Deutero-Isaías, presenta el cuarto y último poema del siervo del Señor. Aquí el sufrimiento del inocente contrasta fuertemente con la doctrina tradicional de la retribución, ya que se asiste al triunfo y exaltación del siervo humillado.

El poema se compone de tres partes: una introducción (52,13-15), el cuerpo central (53,1-10) y el epílogo (53,11-12). En la introducción Dios toma la palabra para comunicar que el siervo no morirá. Al contrario, «tendrá éxito, subirá y crecerá mucho» (literalmente: «tendrá éxito, será honrado, puesto en alto y muy elevado»). El cuerpo central, en cambio, es proclamado por un «nosotros» que representa el pueblo de los creyentes, un pueblo al que le cuesta entender y creer en el significado salvífico del sufrimiento del siervo. En el epílogo Dios anuncia de nuevo la glorificación del siervo que, con su pasión inocente, justificará a muchos cargando con sus culpas e intercediendo por ellos. Aceptando voluntariamente el designio divino, el siervo sufre y muere por la redención de los verdaderos culpables.

Este canto tiene una importancia decisiva en el Nuevo Testamento, pues la tradición lo ha leído como prefiguración de la pasión y muerte de Jesucristo, el siervo de Dios.

Segunda lectura: Hebreos 4,14-16; 5,7-9

Experimentó la obediencia, y se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen.

La carta a los Hebreos, escrita probablemente antes del año 70 dC por un autor desconocido, parece destinada a unas comunidades cristianas donde se dejaba sentir el influjo cultural de los judeo-cristianos. Más que una carta es una larga homilía-exhortación con una conclusión litúrgica. Después de una primera parte donde se proclama la superioridad de Cristo por encima de los ángeles y Moisés, los mediadores de la antigua alianza (1,5–2,18), la segunda parte se centra en las excelencias del sacerdocio de Cristo (3,1–5,10). De aquí están tomados los dos fragmentos unificados en nuestra lectura.

En 4,14-16 el autor retoma el tema de 3,1: Jesús es el apóstol enviado por el Padre para revelar el contenido de la fe y el sumo sacerdote que nos representa delante de Dios. La expresión «que ha atravesado el cielo» (v. 14) indica que Jesús resucitado se ha sentado junto a Dios (cf. 1,3). Si ponemos nuestra confianza en Jesús, sumo sacerdote, conocedor de nuestra naturaleza humana con sus límites y debilidades, encontraremos misericordia y compasión para todos nuestros males (vv. 15-16).

En 5,7-9 el autor aborda el misterio del Jesús histórico que a través del sufrimiento aceptado libremente alcanzó la suprema perfección. Jesús sumo sacerdote se hace solidario con la humanidad en su angustia ante la muerte y se mantiene obediente al Padre hasta el final. Sus oraciones y súplicas fueron escuchadas y, aun padeciendo la muerte física, fue liberado definitivamente de la muerte por medio de la resurrección.

Evangelio: Juan 18,1–19,42

Pasión de nuestro Señor Jesucristo según san Juan.

Si comparamos el relato de la pasión según el cuarto evangelio con los sinópticos, percibimos algunas diferencias significativas. El relato de Juan contiene algunos episodios y detalles que no se encuentran en los sinópticos: la participación de los romanos en el arresto de Jesús, la escena ante Anás, la mención de la túnica, la presencia de la madre de Jesús y del discípulo amado a los pies de la cruz, la lanzada en el costado.

Ahora bien, lo que más sorprende es la imagen de Jesús que Juan nos presenta, pues no encaja con la imagen del siervo sufriente de Is 52,13–53,12 (el cuarto poema del siervo del Señor). Jesús, al contrario, aparece como el Hijo del hombre que conduce el hilo de los acontecimientos desde el momento de su arresto en el huerto de Getsemaní hasta su muerte en cruz. Se presenta con autoridad, seguro de sí y de su misión recibida del Padre; se defiende ante los ataques de los sumos sacerdotes, revela por última vez su identidad a Pilato y reivindica su realeza; incluso después de ser flagelado y humillado redimensiona el valor de los poderes de este mundo; Jesús mismo carga con su cruz y, en medio de terribles dolores, entrega a su madre y al discípulo amado la responsabilidad sobre la Iglesia; muere solo, después de haber proclamado el cumplimiento de su misión.

Para Juan, la pasión de Jesús no es una humillación sino una glorificación. Elevado en la cruz, Jesús no es un derrotado sino un rey triunfante y glorioso. El que fue ungido como rey en la cena de Betania, como rey entra en Jerusalén, como rey muere en la cruz y como rey es enterrado. En la cruz contemplamos ya la gloria del Señor.

Vigilia Pascual

Primera lectura: Génesis 1,1-2,2

Vio Dios todo lo que había hecho: y era muy bueno.

El primer relato de la Biblia es una especie de himno a la creación, con un fuerte carácter litúrgico debido a las repeticiones y a las fórmulas utilizadas. La obra de la creación se articula en el marco cronológico de la semana hebrea: el primer día, el segundo, el tercero, el cuarto, el quinto, el sexto y, por último, el séptimo, el día del descanso. Así pues, el sábado es el punto culminante de esta liturgia de la creación.

El himno contiene una breve introducción (1,1-2) que puede considerarse como el título y el resumen de toda la obra creadora de Dios: el caos y las tinieblas que preceden la creación contrastan con el poder de Dios y la belleza del mundo creado. Entre la introducción y la conclusión contemplamos la actuación de Dios expresada en tres modalidades: hacer, separar o dividir y hablar de manera eficaz, es decir, Dios habla y realiza aquello que dice.

La creación por medio de la Palabra («y dijo Dios...») queda confirmada con una observación («Y vio Dios que era bueno») que se repite siete veces, siendo la última ligeramente diversa. En 1,31 Dios contempla satisfecho todo lo que había hecho y exclama: «Y era muy bueno». Esta expresión superlativa, la única en el texto, expresa la idea de plenitud: el mundo creado por Dios es completamente positivo.

Así pues, este primer relato genesíaco es una cosmogonía, es decir, un relato sobre el nacimiento del universo. El ser humano ocupa ciertamente un lugar importante en el orden de la creación. Sin embargo, no hay que olvidar un detalle importante: es creado el mismo día que los animales y recibe, en parte, la misma bendición y su mismo alimento. Es y será siempre una criatura de Dios.

Segunda lectura: Génesis 22,1-18

El sacrificio de Abrahán, nuestro padre en la fe.

El cap. 22 del libro del Génesis es uno de los más conocidos y complejos del ciclo de Abrahán, que empieza en 12,1-4 con la vocación del patriarca. Abrahán ha sido desde el principio un hombre de fe, ha creído en la promesa de Dios. Lo demuestran su prontitud en dejar la tierra a partir de 12,1-4, su respuesta a la promesa en 15,6, su aceptación de la

circuncisión en 17,22-27. Todo esto se ha visto recompensado en 21,1-8 con el nacimiento de Isaac. Todo funciona bien hasta que Dios le pide el sacrificio de su hijo. A partir de este momento todo se complica. Nuestro texto no es una narración de los orígenes (como las de Gn 1-11) sino la historia de una fe atormentada.

La narración original parece terminar en el v. 13, pues el v. 14 es la explicación de un nombre geográfico, los vv. 15-18 (el segundo discurso del ángel) generalmente se consideran un añadido posterior y los vv. 20-24 contienen datos genealógicos.

Dios ya le pidió a Abrahán el sacrificio del pasado, ahora le pide el sacrificio del futuro: renunciar a su hijo, el heredero prometido. Con este ruego, Dios lo pone a prueba. La ley prohíbe el sacrificio de los humanos (cf. Miq 6,6-7) y, sin embargo, Dios se lo pide. Abrahán responde con un monosílabo en hebreo: «Aquí me tienes». No dice nada más, no pone ninguna objeción, no hace ninguna pregunta. Sin comprender lo que está sucediendo, coge a su hijo y se dirige hacia el lugar que Dios le ha indicado. Abrahán es un hombre de fe y sabe que Dios, de un modo u otro, al final intervendrá, al igual que intervino en el nacimiento de Isaac. Dios lo pone a prueba y Dios provee. Abrahán confía plenamente en el Dios que provee, lo encuentra inescrutable, pero digno de fe (W. Brueggemann). Este texto ilumina la vida de Jesús y sobre todo su misterio pascual. Su muerte y resurrección son la expresión extrema de la prueba y la providencia de Dios.

Tercera lectura: Éxodo 14,15-15,1

Los israelitas entraron en medio del mar a pie enjuto.

Los capítulos 14 y 15 forman una unidad narrativa que cierra la primera parte del libro del Éxodo. Todo sucede en un mismo lugar (el mar) y se trata de un solo acontecimiento (Israel, perseguido por los egipcios, consigue atravesar el mar de los Juncos). Para mayor exactitud, Ex 14 es el relato del paso del mar y Ex 15 es su proclamación litúrgica en un cántico.

Nuestro fragmento se concentra en Ex 14. Sus principales protagonistas son el Señor y Moisés, mientras Israel se limita a seguir sus indicaciones. Los acontecimientos del mar representan el desenlace del drama de la esclavitud. A las tinieblas de la opresión sigue el resplandor de la liberación. Entre opresor y oprimido ahora media el mar, e Israel está a punto de ganar la batalla. El relato se compone de tres escenas simétricas: delante del mar (vv. 1-14), en medio del mar (vv. 15-25) y al otro lado del mar (vv. 26-31). Todas siguen una misma pauta: comienzan con un discurso del

Señor, sigue la narración de los hechos y los protagonistas reaccionan: Moisés tranquiliza al pueblo (v. 14), los egipcios huyen despavoridos (v. 25b) y los israelitas creen en el Señor (v. 31).

El paso del mar es descrito como una nueva creación: se separan las aguas y aparece lo seco, camino para los rescatados; las aguas se convierten en muros para dejar paso al ejército del Señor que avanza implacable; las murallas de agua se derrumban sobre los egipcios y el mar los ahoga. Es de noche cuando el Señor comienza a actuar. Es de día cuando Israel se encuentra salvado. Con la luz llega la salvación. El Señor, Dios de Israel, dominador del mar y de los imperios, salva a su pueblo oprimido manifestando así su amor e omnipotencia.

Cuarta lectura: Isaías 54,5-14

Con misericordia eterna te quiere el Señor, tu redentor.

El Deutero-Isaías (o segundo Isaías) es un profeta anónimo del exilio, a quien se atribuyen los capítulos 40–55 del libro de Isaías conocidos como «el Libro de la Consolación». Esta parte del libro se compone de dos grandes secciones: cap. 40–48 y cap. 49–55. Si la primera sección se centra en la figura de Ciro como libertador de Israel, la segunda pone de relieve la figura del Siervo del Señor, miembro del pueblo, designado para la salvación de Israel y de los confines de la tierra (cf. los cuatro cantos del Siervo).

Después del cuarto cántico del siervo del Señor (Is 52,13–53,12), el Deutero-Isaías concluye con dos capítulos sobre la restauración y glorificación de Jerusalén (Is 54–55). El capítulo 54 consta de dos poemas muy hermosos: 54,1-10 (el Señor declara su amor a Jerusalén) y 54,11-17 (la reconstrucción de Jerusalén) que están en la base de la primera lectura.

En Is 54,5-14 destaca la tradicional metáfora del matrimonio entre el Señor y Jerusalén, que se encuentra también en el libro de Oseas, Jeremías, Ezequiel y en otros profetas menores. Lo curioso de este texto (cf. los vv. 1-6) es que la ciudad es descrita contemporáneamente como «estéril», «madre», «viuda» y «esposa» del Señor. Esta caracterización tan sorprendente como contradictoria responde a un claro objetivo del autor, que con ella quiere evidenciar el tema principal del libro. La concatenación de imágenes referidas a Sión no quiere ofrecer un retrato de la mujer-ciudad o narrar paso a paso su historia de amor, sino evidenciar la transformación realizada por la mano poderosa del Señor (cf. 54,11-12).

El trágico pasado de Jerusalén, abandonada, humillada y sin hijos, se transforma, gracias a la intervención del Señor, en un futuro de espe-

ranza, consolación y restauración. Este es el mensaje del Deutero-Isaías: nacerá una nueva Jerusalén cimentada en la instrucción del Señor que garantiza la justicia, la prosperidad y su protección permanente que es garantía de paz.

Quinta lectura: Isaías 55,1-11

Venid a mí, y viviréis; sellaré con vosotros alianza perpetua.

Situado al final de la obra del Deutero-Isaías, Is 55,1-11 (faltan los vv. 12-13 sobre la salida de Babilonia) ofrece una síntesis de los cap. 40-54. Retoma, en particular, Is 40,1-11, un oráculo que hace de prólogo a todo el libro del segundo Isaías y anticipa algunos de sus temas dominantes. Por ejemplo, la estabilidad eterna de palabra de Dios (55,10-11; cf. 40,6-8) que hace posible un nuevo éxodo (55,12-13; cf. 40,3-5). Se dirige a «vosotros», excepto en el v. 5, donde aparece un «tu» solitario referido a Israel, detrás del cual se perfila la figura de David (cf. v. 3).

Nuestro texto se puede dividir en dos estrofas. En la primera (vv. 1-5), el profeta anuncia su abundante y gratuita mercancía. Entre los bienes de primera necesidad están el agua, signo del espíritu de Dios (Is 32,15; 44,3), el vino y la leche, símbolo de la alianza y de la comunión con Dios. Pero la mercancía es también la palabra de salvación, concretada en la permanencia de la alianza davídica. En la segunda (vv. 6-11), el profeta hace al pueblo una firme invitación a la conversión: les invita a buscar y regresar al Señor, a abandonar los planes y caminos torcidos para acoger los del Señor («más altos»). La invitación concluye con un hermoso canto a la fecundidad y eficacia de la Palabra de Dios que, en definitiva, es la verdadera artífice de la salvación que está por llegar.

Sexta lectura: Baruc 3,9-15.32-4,4

Camina en la claridad del resplandor del Señor.

A Baruc, el secretario del profeta Jeremías, se le atribuye un libro homólogo escrito probablemente en la época de los Macabeos (segunda mitad del s. II aC) por un judío palestino desconocido. Ambientado en el periodo del exilio, el objetivo de este libro es ayudar a los judíos de la diáspora a vivir su fe con plenitud, sin alejarse del fundamento y razón de su unidad, es decir, la Ley (la Torá). El drama del exilio en Babilonia está presente en todas las páginas de Baruc. Una catástrofe que nadie podrá borrar de la memoria.

El libro de Baruc se compone de dos grandes secciones: la primera, escrita en prosa, contiene una introducción histórica y una oración peni-

tencial (1,1-3,8); la segunda, escrita en poesía, contiene un elogio de la Sabiduría y una promesa de liberación (3,9-5,9). Nuestra lectura se limita al elogio de la Sabiduría (3,9-4,4) que el Leccionario presenta en forma reducida. La omisión de los vv. 16-31 hace que el acento recaiga sobre el Creador del universo, aquél que todo lo conoce y todo lo puede, aquél que es la fuente de la Sabiduría, y además, teniendo en cuenta el contexto litúrgico (la Vigilia Pascual), facilita que la mirada del lector se dirija lo más rápidamente posible hacia Jesús, sabiduría de Dios, luz y vida de la humanidad.

La Sabiduría es, pues, prerrogativa exclusiva de Dios. Solo Dios, que la posee y la conoce, puede concederla a cuantos escuchan su palabra y obedecen sus mandamientos. En línea con Dt 4,5-14 y Sir 24,23, en Baruc la Sabiduría que Dios da a Israel se identifica con el libro de la Torá en cuanto revelación divina estrechamente relacionada con la vida (4,1). Después de esta sorprendente revelación, de repente, el autor cambia de tono y dirige a Israel una viva exhortación. Si el pueblo quiere abrazar la Sabiduría y entrar en comunión de vida con ella (3,38), debe caminar en la claridad y resplandor de su luz (cf. Is 2,5), o sea, debe convertirse. El macarismo final proclama que la felicidad de Israel consiste en conocer la voluntad del Señor, expresada en el libro de la Ley. El pueblo elegido («nosotros») es declarado dichoso porque conoce lo que es agradable a Dios.

Séptima lectura: Ezequiel 36,16-28

Derramaré sobre vosotros un agua pura, y os daré un corazón nuevo.

Ezequiel es, sin olvidar al Deutero-Isaías, el gran profeta del exilio. Deportado a Babilonia en el año 597 aC, recibe su vocación cuatro años después (1,1-3,15) y allí ejerce su ministerio profético entre sus compatriotas durante al menos veinte años. El mensaje de Ezequiel se puede dividir en dos partes bien diferenciadas: antes y después de la caída de Jerusalén (Ez 33). Este es el acontecimiento central alrededor del cual se desarrolla todo el libro. Antes de la catástrofe, la principal tarea de Ezequiel era insistir con vehemencia en que lo peor todavía tenía que venir. Después de la catástrofe del 587/586, el mensaje del profeta cambia. Al recibir la noticia de la destrucción de Jerusalén, Ezequiel recupera la palabra (33,21-22). El que había sido profeta de juicio, amenazas y castigo se transforma ahora en profeta de esperanza para un pueblo desesperado, como se puede apreciar sobre todo en los capítulos 33-39 y 40-48.

El cap. 36 consta de dos grandes partes: vv. 1-15 (promesa de restauración) y vv. 16-38 (renovación de la vida espiritual de Israel). A esta última pertenece nuestra lectura (vv. 16-28), que a su vez puede dividirse en dos estrofas. En la primera (vv. 16-21), de tono negativo, las naciones despre-

cian a Israel como un país derrotado y a Dios como incapaz de proteger a su pueblo; de este modo su nombre queda profanado. En la segunda (vv. 22-28), en cambio, brilla un mensaje de esperanza. Es el punto culminante de la predicación de Ezequiel. Las expresiones más significativas del pasaje son: el «agua purificadora» necesaria para participar en el culto y para limpiar al pueblo después de su estancia en tierra impura (v. 25), el «corazón nuevo y de carne» que sustituirá al viejo corazón de piedra y el «espíritu nuevo» que es el espíritu de Dios (vv. 26-27). El fragmento, muy parecido a Jer 31,31-34, concluye con una fórmula que expresa el restablecimiento de la alianza entre Dios y su pueblo (v. 28). La asociación entre la purificación del agua y el don del Espíritu ha favorecido una interpretación en clave bautismal.

Lectura del Apóstol: Romanos 6,3-11

Cristo una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más.

Nuestro texto se sitúa en la parte doctrinal de la carta a los Romanos (1,16-11,36), más exactamente en la segunda sección de la misma, donde Pablo describe la condición cristiana del hombre justificado (5,1-8,39). Después de explicar que la vida nueva en Cristo genera paz y esperanza y que Cristo elimina el mal provocado por Adán, el apóstol aborda el tema bautismal en relación con la muerte y resurrección de Cristo.

Pablo siente la necesidad de definir el sentido cristiano del bautismo para diferenciarlo de otras formas de bautismo vigentes en su época. Por eso, se remonta al núcleo fundamental de la fe, es decir, el kerygma o la predicación de la muerte y resurrección de Cristo. Si el bautismo no va precedido del don del Espíritu, de la evangelización y de la fe en Cristo, se reduce a un rito mágico sin consecuencias comunitarias o eclesiales.

El bautismo cristiano no puede reducirse a un rito de purificación del pecado o a un itinerario autónomo de conversión. Es mucho más que eso: establece en modo misterioso una estrecha relación personal entre la persona y Cristo muerto y resucitado, a través de una participación real gracias a la acción del Espíritu Santo. Para describir esta relación nueva y profunda con la muerte y resurrección de Cristo, Pablo crea un vocabulario original difícil de traducir en nuestra lengua cuyo elemento esencial es la preposición «con»: según él, el bautizado es un con-crucificado, un con-sepultado, un con-resucitado, un co-heredero, un con-glorificado, una persona que vive con Cristo Jesús.

Evangelio: Mateo 28,1-10

Ha resucitado y va por delante de vosotros a Galilea.

A diferencia de los apócrifos, ninguno de los evangelios canónicos describe la resurrección de Jesús. Lo que hacen es anunciarla. Simplificando y adaptando el relato de Marcos, Mateo imprime al anuncio de la resurrección un carácter teofánico. En otras palabras, la presenta como una solemne aparición divina en la que el terremoto, el relámpago, el vestido blanco del ángel, la piedra del sepulcro retirada indican que el Señor se está manifestando.

El centro del relato es el sepulcro vacío, interpretado por las palabras del ángel: «No está aquí. Ha resucitado como había dicho». Es de notar la presencia de María la Magdalena (lit.: «María de Magdala») y la otra María (llamada también «madre de Santiago y de José» en 27,56), quienes el primer día de la semana, de buena mañana, corrieron al sepulcro para ver al Señor. Presentes en el momento de la crucifixión y de la muerte de Jesús, las mujeres son también testigos y misioneras de este anuncio. Son ellas las encargadas de anunciar a los discípulos que Jesús ha resucitado de entre los muertos y que los precede en Galilea, ellas que habían seguido al maestro desde Galilea y habían contemplado de lejos el drama de la cruz. Fieles y audaces hasta el final.

PASCUA

Domingo de Pascua

Primera lectura: Hechos de los Apóstoles 10,34a.37-43

Nosotros hemos comido y bebido con él después de su resurrección.

La lectura de los Hechos de los Apóstoles contiene un fragmento del discurso que Pedro dirige a Cornelio, el centurión romano de Cesarea que se convirtió al cristianismo. El discurso del apóstol es en realidad una síntesis de la historia evangélica que contempla las mismas escenas que Lucas subraya en su evangelio: la predicación de Juan el Bautista, el bautismo de Jesús, su ministerio público en Galilea caracterizado por su lucha contra el mal, la crucifixión, la resurrección, las apariciones pascuales a los discípulos y la misión en el mundo.

A diferencia de los demás discursos de Pedro, este no termina con una invitación al arrepentimiento y a la conversión (cf. 2,27-41), sino con la proclamación del perdón de los pecados (v. 43). Así termina también el discurso de Pablo en Atenas (cf. 17,30-31).

Todo el discurso de Pedro sugiere un estilo de evangelización que parte de las expectativas concretas de la gente, para luego confrontarlas con el contenido esencial del evangelio: un anuncio de paz, liberación y justicia que es la salvación, don de Dios para toda la humanidad.

Segunda lectura: Colosenses 3,1-4

Buscad los bienes de allá arriba, donde está Cristo.

Desde la cárcel de Roma, Pablo dirige a los Colosenses, cristianos de Asia Menor evangelizados por Epafras, su discípulo y «fiel ministro de Cristo», un mensaje de conversión. Después de poner de relieve la supremacía absoluta de Cristo sobre el universo y todas las criaturas (1,15-2,3) y de rechazar los errores cometidos en la comunidad de Colosas a causa de la infiltración de ideas paganas contrarias al evangelio (2,4-23), Pablo dedica sus esfuerzos a ilustrar la vida nueva en Cristo.

La exhortación del apóstol es una invitación a profundizar en la fe desde la perspectiva de la incorporación de los bautizados a Cristo. Pablo presenta el misterio pascual de Cristo según un esquema de exaltación (de la tierra al cielo, de la muerte y la humanidad a la vida eterna y divina), para luego aplicarlo al bautismo cristiano y a la entera existencia.

La contraposición entre los bienes de «arriba» y los bienes de «la tierra» no hay que entenderla en sentido espacial sino espiritual. Forma parte del vocabulario paulino. Con ella Pablo quiere ilustrar el contraste que existe entre el hombre viejo, la carne o el pecado (las cosas o bienes de la tierra) y el hombre nuevo, el espíritu o la gracia (las cosas o bienes de allá arriba). El mundo de allá arriba constituye la vida nueva «con Cristo escondida en Dios», una vida que asemeja a una semilla enterrada cuyo fruto, invisible en el presente, se manifestará en el futuro cuando llegue el momento oportuno.

Evangelio: Juan 20,1-9

Él había de resucitar de entre los muertos.

En el relato del sepulcro vacío (Jn 20,1-9) Juan no describe la resurrección de Jesús, pues ésta es un acontecimiento que trasciende la experiencia humana e histórica, sino los signos que dan testimonio de ella. La piedra rodada, la tumba vacía, las vendas abandonadas, el sudario, son signos para quien está abierto a la fe y es capaz de descubrir en ellos el mensaje que su materialidad encubre. Hay que ir más allá de lo que se constata con los ojos. Saber «ver» lo que los signos sólo dejan intuir es un paso que conduce a la fe. En el cuarto evangelio «ver» y «creer» son dos verbos estrechamente relacionados porque el primero conduce al segundo: Juan, que había llegado al sepulcro antes que Pedro, «vio y creyó» (v. 8). Los signos que había visto eran pruebas suficientes de la resurrección de Jesús. No le hacía falta más. De este modo, el discípulo amado se convierte en paradigma del creyente capaz de «entender la Escritura» (v. 9), es decir, capaz de ver el objetivo y la unidad del plan salvífico de Dios.

El cuarto evangelista no contrapone la resurrección de Jesús con su muerte. La gloria que Jesús ha manifestado durante su vida se hace manifiesta en la resurrección. Es la victoria de la luz sobre las tinieblas del mundo, la victoria de la vida sobre la muerte. De la muerte y resurrección de Jesús, el primer día de la semana, nace la comunidad de los discípulos del Resucitado representados en el texto por María Magdalena, Simón Pedro y Juan, «el discípulo a quien Jesús quería».

En los versículos siguientes, Juan narra un encuentro privilegiado de Jesús con María Magdalena (20,10-18) que tiene por objetivo completar nuestro relato: la experiencia de la fe se convierte en imperativo de comunicación. Quien ha visto a Jesús siente el deber de anunciarlo a los demás. «La fe es un don divino a compartir; o se transmite o se pierde» (Isidro Gomá Civit).

Domingo 2 de Pascua

Primera lectura: Hechos de los Apóstoles 2,42-47

Los creyentes vivían todos unidos y lo tenían todo en común.

Después de la venida del Espíritu Santo, el día de Pentecostés, Pedro tomó la palabra y pronunció un largo discurso (Hch 2,14-41). Al discurso de Pedro sigue un sumario, es decir, un relato breve en el que Lucas presenta un retrato, ciertamente idealizado, de la primitiva comunidad de Jerusalén. No se trata de una descripción histórica de la vida de la comunidad sino de un modelo que refleja la vivencia cristiana de los primeros tiempos.

Cuatro son las columnas sobre las que se apoyaba dicha comunidad. A la enseñanza de los apóstoles (entiéndase la predicación de Cristo), acompañada de signos prodigiosos, sigue la *koinonia*, es decir, la comunión fraterna expresada exteriormente en la comunión de bienes y en la total igualdad socio-económica. La fracción del pan alude al rito eucarístico, memorial de la Pascua de Cristo, el cual iba acompañado del banquete del amor fraterno (1 Cor 10-11), expresión visible de la unidad y el amor postulados en la eucaristía. La oración se refiere probablemente al culto que se realizaba en el templo, centro de la religiosidad judía, y que era característico del ambiente del que provenían los primeros cristianos.

La comunidad descrita por Lucas se presenta, pues, como una comunidad cristocéntrica, unida y perseverante.

Segunda lectura: 1 Pedro 1,3-9

Por la resurrección de Jesucristo nos ha hecho nacer de nuevo para una esperanza viva.

La primera carta de Pedro, una carta circular dirigida a las comunidades del Asia Menor, constituye un importante documento de la Iglesia primitiva. Se barajan dos hipótesis sobre el origen de la misma: o bien fue redactada en Roma por Silvano, secretario de Pedro, poco antes de la persecución de Nerón (ca. 64 dC) o bien fue escrita por un discípulo de Pedro alrededor del año 70 después del martirio del apóstol, con el objetivo de mantener vivo el recuerdo petrino y animar a una serie de comunidades cristianas no exentas de problemas y dificultades.

Nuestro texto puede considerarse como el himno de apertura de una larga catequesis bautismal que se extiende hasta 4,11. Es un himno de bendi-

ción a Dios por la herencia que el creyente recibe de la fuente bautismal y que lo conducirá a la plena participación en el reino. La regeneración (v. 3) no es sino el inicio de un camino que lleva a la meta final, inaugurada en la Resurrección y que concluirá con la última manifestación del Señor (v. 7). Aunque toda la carta está animada con esta esperanza de fondo, en ningún momento se ignora el dolor, la soledad y las pruebas que la Iglesia tiene que sufrir en la tierra (v. 6). Ahora bien, no hay que dejarse vencer por el desánimo, porque a la experiencia de muerte sigue el gozo de la resurrección y la gloria (vv. 8-9).

Evangelio: Juan 20,19-31

A los ocho días, se les apareció Jesús.

Después de la aparición de Jesús a María Magdalena (Jn 20,10-18), el cuarto evangelista narra las apariciones a los discípulos. Destacamos tres secciones en el relato. La primera es el encuentro del Resucitado con la comunidad de sus discípulos, al anochecer de Pascua (vv. 19-23). Jesús cumple su promesa de volver con los discípulos, a quienes encuentra encerrados por miedo a los judíos. Situación esta que refleja la actitud de la comunidad joánica que cede ante la tentación de encerrarse en sí misma por miedo a enfrentarse con un mundo que le es adverso. En esta sección se suceden dos momentos que comienzan con el saludo de la paz: el primero está marcado por la experiencia de los discípulos de ver al Señor y la alegría que de ella se desprende (vv. 19-20); en el segundo Jesús les transfiere su misión y el Espíritu Santo que les dará fuerza e inspiración para llevarla a cabo (vv. 21-23). La misión es la misma que él ha recibido del Padre, es decir, proclamar el Evangelio con la vida. La presencia dinámica del Espíritu es anticipación de Pentecostés, y el signo que expresa la misión de los discípulos es el perdón de los pecados.

La segunda sección narra el encuentro de Jesús con Tomás, el discípulo que representa a todos aquellos que, entre dudas y tropiezos, avanzan paulatinamente hacia la fe auténtica. No es ciertamente el modelo ideal para los creyentes, pues la fe que Jesús alaba es aquella que nace del testimonio de los apóstoles sin haber visto (vv. 24-29). Serán infinitos los que, por la palabra de los apóstoles, creerán sin necesidad de ver (cf. 17,20).

La tercera y última sección (vv. 30-31) es, en realidad, la conclusión del cuarto evangelio, al que posteriormente se añadió un epílogo (cap. 21) formado por relatos procedentes de diversas tradiciones. La conclusión, breve y sencilla, explica el objetivo que se propuso el evangelista al escribir su obra: suscitar y mantener la fe en Jesús para obtener la vida eterna.

Domingo 3 de Pascua

Primera lectura: Hechos de los Apóstoles 2,14.22-33

No era posible que la muerte lo retuviera bajo su dominio.

Esta lectura contiene un fragmento del primero de los tres discursos misioneros de Pedro a los cuales corresponden, en la segunda parte del libro de los Hechos de los Apóstoles, los tres discursos de Pablo. Este solemne discurso de Pentecostés constituye casi la introducción teológica a toda la obra y es testimonio del compromiso catequético de la primera comunidad cristiana.

El discurso gira alrededor de la muerte y la Pascua de Cristo, acontecimiento que Pedro, siguiendo la praxis exegética de la comunidad cristiana, interpreta a la luz del Salmo 15 (vv. 25-28). Para el apóstol, la oración del salmista se convierte en emblema del evento pascual de Cristo, raíz de nuestra esperanza. Las imágenes del salmo (la contemplación del rostro de Dios, el camino de la vida, la alegría perfecta...) adquieren entonces una luz y una dimensión nuevas.

La exégesis de Pedro atribuye el salmo a David (v. 25), pero el rey no podía hablar de sí mismo en ese texto porque su cuerpo estaba destinado a la corrupción del sepulcro. Por eso, el apóstol afirma que David ha anunciado la victoria del Mesías futuro sobre la muerte. De este modo, la resurrección de Cristo se encuadra en el horizonte de la esperanza bíblica y del proyecto salvífico de Dios.

Segunda lectura: 1 Pedro 1,17-21

Habéis sido redimidos con la sangre de Cristo, el cordero sin defecto.

Prosigue la lectura de la primera carta de Pedro que, como vimos el domingo pasado, es un documento teológico de la Iglesia primitiva centrado de manera especial en la experiencia bautismal. Dicha experiencia nace de la Pascua de Cristo, principio y fuente de toda salvación.

En el breve fragmento de hoy (1,27-21) Pedro exhorta a los creyentes, los cristianos de las comunidades de Asia Menor, a sentirse conscientes y responsables de que el precio de la libertad es la sangre de Cristo (v. 19). Puesto que han sido consagrados con la sangre de Cristo y gracias a su sacrificio han encontrado sentido a sus vidas, el apóstol les aconseja que se comporten con temor durante su peregrinar en esta vida (v. 17).

Evangelio: Lucas 24,13-35

Le reconocieron al partir el pan.

Antes de manifestarse a los apóstoles reunidos al anochecer, el Señor se apareció a algunos discípulos en particular. En la página evangélica de hoy, una de las más entrañables, Lucas nos cuenta una de estas apariciones: la de los discípulos de Emaús. Como en las dos primeras lecturas, también aquí la experiencia pascual ilumina toda la escena.

La escena se articula en cuatro cuadros. En el primero (vv. 13-18) aparecen los protagonistas en camino, desconsolados, discutiendo entre ellos y con el rostro triste. Los dos discípulos de Emaús representan el pesimismo, el desaliento y la desilusión de los que tienen una fe débil, en continua crisis, siempre a punto de naufragar en un mar de dudas e incertidumbres; en definitiva, una fe que no se alimenta de la Escritura.

En el segundo (vv. 19-21), los discípulos incrédulos declaran haber perdido la fe en Jesús por el escándalo de la cruz. Admiten que el Maestro fue un hombre poderoso en obras y palabras, pero el final de su vida (la Pascua) fue sólo un fracaso (los jefes de nuestros sacerdotes y las autoridades lo mandaron crucificar) o una ilusión (las mujeres no encontraron su cuerpo sino el sepulcro vacío). Se sienten decepcionados porque esperaban otro desenlace muy distinto.

El tercer cuadro (vv. 25-27) se concentra en la respuesta de Jesús que hace una lectura del acontecimiento pascual a partir de las Escrituras. Así pues, a través de la meditación de la Palabra de Dios se puede penetrar en el misterio de Cristo. Con la explicación de Jesús, los dos de Emaús empiezan a tranquilizarse, su pesimismo empieza a diluirse y se atisba una esperanza en sus corazones ardientes. Con todo, todavía no están preparados para dar el salto de la fe.

En el último cuadro (vv. 28-35) los discípulos se sienten atraídos por Jesús e insisten para que se quede con ellos esa noche. Su presencia les infunde calma y seguridad. Intuyen algo, pero no son capaces de expresarlo. Jesús acepta la invitación y acto seguido lo reconocen en el gesto de partir el pan. A partir de este momento sienten la necesidad imperiosa de comunicar a los demás su experiencia de fe en Cristo Resucitado y regresan inmediatamente a Jerusalén, a su hogar, con los suyos. Como Pedro y los demás apóstoles después de ver la tumba vacía, los dos discípulos de Emaús también tienen que correr para anunciar la fe, pues no resisten guardarla como un secreto. Se convierten así en misioneros del Evangelio.

Domingo 4 de Pascua

Primera lectura: Hechos de los Apóstoles 2,14a.36-41

Dios lo ha constituido Señor y Mesías.

Al igual que el domingo pasado, la lectura de los Hechos de los Apóstoles nos ofrece un fragmento de la primera predicación apostólica al pueblo hebreo (2,14a.36-41). Se trata de la última parte o conclusión del discurso de Pedro que ahora se transforma casi en un diálogo con el auditorio. El corazón del discurso está dominado por la figura de Cristo glorificado, exaltado por el Padre que lo ha constituido Señor y Mesías (v. 36).

Nadie puede quedar indiferente ante la revelación de Dios en Cristo resucitado y los que escuchaban al apóstol responden con una pregunta que, en realidad, era una fórmula utilizada por los catecúmenos durante el rito de admisión al bautismo: «¿Qué debemos hacer?» (v. 37). Acto seguido, Pedro les presenta un programa de conversión cristiana que reflexiona sobre la catequesis moral de la Iglesia primitiva en sus puntos esenciales.

La conversión («Arrepentíos») transforma la vida del creyente encamiñándolo hacia el bautismo en el nombre de Jesucristo («bautizaos») e insertándolo en la comunión salvífica con el Señor. Del bautismo deriva el perdón de los pecados y de este modo el creyente, gracias a la acción del Espíritu Santo, se convierte en una criatura nueva totalmente incorporada a la comunidad cristiana (vv. 38-39).

Segunda lectura: 1 Pedro 2,20b-25

Habéis vuelto al pastor y guardián de vuestras vidas.

Este fragmento de la primera carta de Pedro contiene otra catequesis bautismal vinculada a la figura de Pedro. También aquí domina la presencia de Cristo, celebrada en un antiguo himno (vv. 22-24) en el que se encuentran continuas referencias a Isaías 53, el cuarto cántico del siervo. A la luz de este poema, Cristo se identifica con el cordero pascual, el siervo sufriente y el chivo expiatorio de la liturgia judía de expiación.

La contemplación de Cristo paciente y sufriente es un estímulo para el creyente que aprende así a soportar el sufrimiento y a considerarlo no como una terrible maldición sino como germen de vida y salvación. Con nuestra pasión nos unimos a la pasión de Jesús y a su fuerza salvífica.

El texto termina con otra imagen clásica en el mundo bíblico, la del pastor y su rebaño, utilizada también en el poema isaiano reelaborado en la carta (Is 53,6; cf. Ez 34).

Evangelio: Juan 10,1-10

Yo soy la puerta de las ovejas.

El capítulo 10 del cuarto evangelio puede considerarse como un comentario del capítulo anterior, donde Juan recapitula lo que Jesús había dicho de sí mismo en la imagen del pastor, una imagen que pertenecía al bagaje cultural de Israel y que hablaba al corazón de sus habitantes. Recordemos que los interlocutores de Jesús siguen siendo los mismos de antes, es decir, los fariseos. Con la imagen del pastor Jesús revela su identidad. De hecho, a nivel literario nuestro texto procede según un movimiento compuesto de revelación, incomprensión por parte del auditorio y nueva revelación.

La primera revelación (vv. 1-5) nace a raíz del contraste entre Jesús buen pastor y los mercenarios que actúan solamente movidos por su propio interés, sin preocuparse lo más mínimo por el rebaño. El evangelista describe la acción del pastor sin escatimar detalles: «entra por la puerta» porque su relación con el rebaño es de gran familiaridad; es más, mantiene una relación personal con cada una de las ovejas, ya que las «llama por su nombre»; por su parte, las ovejas corresponden a este trato familiar: «escuchan su voz» y «lo siguen».

Partiendo de una escena de la vida real (lo que sucede en un aprisco), Jesús invita a sus oyentes a reflexionar. Estos intuyen que Jesús habla con una cierta intención, pero no consiguen descubrirla, no le comprenden (v. 6).

Llegados a este punto, Jesús ofrece una nueva revelación (vv. 7-10). Y esta vez lo hace con afirmaciones directas, utilizando la primera persona. Empieza con un sorprendente «yo soy la puerta». Es obvio que la imagen de la puerta no tiene sentido material sino funcional. La puerta indica el legítimo entrar y salir. La puerta es juez de los que por ella pasan, pues discierne entre el pastor y el ladrón. Jesús es la única puerta y los que no entran por ella son ladrones (entiéndase los falsos mesías que prometían la salvación para Israel) y salteadores (criminales expertos en robar, destruir y matar).

Nuestro fragmento concluye con una afirmación contundente («yo he venido para que tengan vida») que es el pensamiento central de todo el capítulo y la introducción de las reflexiones siguientes (vv. 11-21), donde encontramos a Jesús, buen pastor, que da su vida para que sus ovejas (sus seguidores) tengan vida (eterna). La frase conclusiva del evangelio de hoy (v. 10) condensa todo el ministerio pastoral de Jesús y, por consiguiente, de su Iglesia.

Domingo 5 de Pascua

Primera lectura: Hechos de los Apóstoles 6,1-7

Escogieron a siete hombres llenos de Espíritu Santo.

Este fragmento de los Hechos de los Apóstoles recuerda la primera crisis en la comunidad cristiana primitiva (cf. por contraste el tono extremadamente positivo de los sumarios anteriores, Hch 2,42-47; 4,32-35) causada por un conflicto entre los cristianos de origen judío y los de origen helenista. Dos pueblos, dos culturas, dos lenguas diferentes que han de aprender a convivir y a caminar juntos en el seguimiento de Jesús. Aunque en este caso el conflicto es de carácter administrativo (se constata una discriminación en cuanto a la ayuda suministrada a las viudas) que favorece a los judeo-cristianos, las diferencias entre los dos grupos también afectaban la doctrina y el modo de vivir como cristianos. Para intentar solucionar este problema, los apóstoles eligen al grupo de los siete, cuyos nombres son mencionados en una lista que recuerda la de los doce apóstoles (cf. 1,13).

A partir de este momento, ya se puede trazar el plan pastoral de la Iglesia primitiva. Además del servicio de la Palabra a cargo de los doce apóstoles, existe un estructura cultural (la oración) y un servicio de asistencia y solidaridad con todos los pobres y sobre todo con los más necesitados (la diaconía). Gracias a esta organización, la Palabra de Dios dotada de la fuerza arrolladora de Cristo Resucitado, se difundía por doquier.

Segunda lectura: 1 Pedro 2,4-9

Vosotros sois una raza elegida, un sacerdocio real.

Estos versículos de la primera carta de Pedro podrían titularse «Cristo, piedra angular». En ellos el apóstol presenta la Iglesia como un «edificio espiritual» donde un «sacerdocio santo» ofrece «sacrificios espirituales agradables a Dios» (v. 5). Este templo vivo se mantiene gracias a la «piedra viva» que es el mismo Cristo. Sobre esta base se eleva la construcción del nuevo pueblo, compuesto de otras «piedras vivas» que convierten el nuevo templo en Cuerpo de Cristo. Tratándose de un culto espiritual, todos los creyentes son «sacerdotes» que anuncian al mundo la salvación realizada por Cristo Resucitado.

Inspirándose en Ex 19,5-6 (la consagración de Israel a los pies del Sinaí), Pedro proclama la función sacerdotal, real y profética de todos los bautizados. De ahí que nuestro texto se haya convertido en el fundamento sobre el que se apoya la teología del sacerdocio común de los fieles.

Evangelio: Juan 14,1-12

Yo soy el camino, la verdad y la vida.

Jesús se encuentra en el Cenáculo, horas antes de su pasión y muerte, rodeado de sus discípulos. En esta ocasión pronuncia el «Sermón de la Cena», un largo discurso de despedida que Juan recoge en cinco capítulos de su evangelio (Jn 13–17). Dicho discurso empieza propiamente en 13,31, después del lavatorio de los pies (13,1-20) y la traición de Judas (13,21-30). Considerado como una especie de testamento espiritual del maestro, puede dividirse en tres grandes secciones: 13,31–14,31 (el mandamiento nuevo, la partida y retorno de Jesús, dos anuncios del Paráclito), 15,1–16,33 (instrucciones sobre el verdadero discipulado, las persecuciones, otros anuncios del Paráclito) y 17,1-26 (la así llamada oración sacerdotal).

Nuestro fragmento (14,1-12) pertenece a la primera sección, unos versículos presentados a ritmo de diálogo: Jesús anuncia su marcha y le interrumpen uno tras otro Pedro, Tomás, Felipe y Judas Tadeo. Después de la intervención de Pedro que protesta porque quiere ir con él y de la respuesta de Jesús que predice sus negaciones, el maestro sigue explicando el sentido de su partida. Para anunciar su muerte, recurre a la imagen de un viaje a la casa del Padre, un viaje que será de ida y vuelta porque Jesús regresará para buscar a los suyos. Una vez más aparece la incompreensión de los discípulos, esta vez en boca de Tomás, quien al no entender la metáfora del camino, no capta el alcance de las palabras de Jesús (vv. 1-5).

Los versículos siguientes (vv. 6-11) están dominados por la triple revelación: «Yo soy el camino, la verdad y la vida», afirmación que explica la unión íntima de Jesús con el Padre. Jesús es el camino que conduce al Padre, es decir, es el mediador personal de la salvación. Quien entra en comunión con Cristo, entra en comunión con el Padre; quien conoce a Cristo, conoce al Padre; quien ve a Cristo, ve al Padre. Recordemos que en el vocabulario joánico, «conocer» y «ver» no se reducen a un conocimiento o contemplación teóricos sino que expresan una experiencia de vida. Felipe tampoco entiende las palabras de Jesús, pues no concibe una experiencia espiritual que no sea sensible (v. 8). Jesús insiste de nuevo en la comunión perfecta que existe entre el Padre y él: «Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí». De ello dan testimonio las obras de Jesús, es decir, los milagros, las irrupciones divinas en la historia (v. 12).

Domingo 6 de Pascua

Primera lectura: Hechos de los Apóstoles 8,5-8.14-17

Les imponían las manos y recibían el Espíritu Santo.

Este fragmento de los Hechos de los Apóstoles resume la historia de la primera evangelización de la comunidad «herética» de Samaría, que ya antes había sido visitada por el mismo Jesús (cf. su encuentro con la samaritana en Jn 4). El protagonista de este episodio es Felipe, uno del grupo de los siete (cf. Hch 6,1-7) que vivía en Cesarea y ejercía el ministerio de evangelizador (cf. Hch 21,8-9). A la muerte de Esteban, el grupo tuvo que dispersarse y a Felipe se le encargó la misión de evangelizar Samaría.

El primer anuncio de Felipe fue muy bien recibido por la gente (los samaritanos lo acogieron de inmediato y con entusiasmo) y también lo fueron los muchos prodigios que realizaba (expulsar espíritus inmundos y curaciones asombrosas). A esta primera fase sigue una segunda intervención a cargo de los testigos cualificados del Resucitado, aquellos que han recibido el Espíritu Santo y que, por tanto, lo pueden difundir a los fieles. Los dos encargados oficiales son Pedro y Juan. Ellos comunican el don del Espíritu a aquellas personas que Felipe había bautizado mediante la imposición de las manos. Este rito, que tradicionalmente se vincula al sacramento de la confirmación, es presentado en los Hechos como un «pentecostés» en miniatura que inaugura la fundación de la iglesia de Samaría.

Segunda lectura: 1 Pedro 3,15-18

Murió en la carne, pero volvió a la vida por el Espíritu.

Se concluye hoy la lectura de la primera carta de Pedro, documento catequético de la Iglesia primitiva. El tema del sufrimiento es una de las principales preocupaciones del autor, que en estos versículos da consejos a los cristianos en tiempos de persecución.

El sufrimiento de la Iglesia es comparado con el sufrimiento de Cristo. Salvador y modelo de los cristianos, Cristo enseña con su pasión cómo hay que padecer por amor a la justicia. Su sufrimiento no quiere provocar una reacción judicial de carácter vengativo ni tampoco la muerte en cuanto tal. Al contrario, está destinado a engendrar vida y esperanza. Aunque hacer el bien y tener que sufrir parezcan dos realidades incompatibles, a la luz de la fe no lo son. El ejemplo de Cristo da prueba de ello.

Evangelio: Juan 14,15-21

Yo le pediré al Padre que os dé otro Defensor.

Este evangelio continúa la lectura iniciada el domingo pasado. En vísperas de su muerte, Jesús se reúne con sus discípulos en el Cenáculo para despedirse de ellos y dejarles su testamento espiritual. Su partida hacia la casa del Padre es inminente, pero él les promete que volverá pronto, que no les dejará solos, que volverá para quedarse siempre con ellos.

Jn 14,15-21, el primero de los cinco anuncios del Espíritu Santo que se encuentran en el cuarto evangelio, nos presenta al Espíritu «de verdad» (v. 15) de forma personificada, es decir, como el Paráclito (del griego *parakletos*): el que acompaña, asiste, ayuda, sostiene, aboga, procura, aconseja e intercede, el que anima e ilumina el proceso interno de la fe. Este modo de presentar al Espíritu Santo, exclusivo del cuarto evangelio, hace pensar en la figura de un abogado defensor que no sólo protege la Iglesia en los momentos de peligro y amenazas sino que también la consuela con la misma fuerza de Dios. El Paráclito ocupa el puesto de Jesús, para que los fieles no se sientan desamparados y puedan contar siempre con su presencia y la fuerza de su palabra. La Iglesia no está sola, los cristianos no estamos solos («huérfanos», v. 18), pues el Espíritu de verdad está en medio de nosotros con su impulso vivificador.

Jesús se dirige a sus discípulos (entiéndase la Iglesia en el evangelio de Juan). Jesús, por tanto, habla a la Iglesia. Ser un auténtico discípulo consiste en amar a Cristo y cumplir sus mandamientos (v. 15 y v. 21), lo cual es condición para recibir el don del Espíritu. Por contraste, el evangelista menciona el mundo, es decir, aquellos que optan por no ser discípulos de Jesús: estos no pueden ver ni conocer al Paráclito.

Después de su ida al Padre (muerte), Jesús volverá (resurrección) y, aunque el mundo no le verá, sus discípulos continuarán viéndole porque él seguirá vivo. Es más, entre ellos y el Resucitado se estrechará un vínculo tan fuerte e íntimo que durará para siempre. Juan lo expresa con la fórmula «estar en», aunque nuestro texto la traduce de forma más comprensible: «yo estoy con mi Padre, vosotros conmigo y yo en vosotros» (v. 20). Esta expresión, típicamente joánica, recuerda la alegoría de la vid y los sarmientos en el capítulo siguiente (15,1-11).

Como consecuencia de esta profunda unión, el discípulo podrá ver a Cristo, experimentar su amor y ser testigo de su revelación.

Ascensión del Señor

Primera lectura: Hechos de los Apóstoles 1,1-11

Se elevó a la vista de ellos.

Los Hechos de los Apóstoles son la segunda obra del evangelista Lucas. Al igual que su evangelio, este libro está dedicado a Teófilo, un personaje ilustre pero desconocido, simbólico según algunos autores. La primera página de los Hechos enlaza con el final del evangelio donde se narra la última escena de la vida de Jesús, es decir, su ascensión a los cielos (Lc 24,50-53). Con ella da comienzo la vida de la Iglesia.

Nuestro fragmento recoge el así llamado prólogo (Hch 1,1-5), donde Lucas resume el contenido de su evangelio, es decir, las obras y acciones de Jesús desde el inicio de su ministerio hasta las apariciones a los discípulos, y el relato de la ascensión (Hch 1,6-11). La pregunta de los discípulos por la restauración de Israel (v. 6), revela un horizonte limitado y una fe pobre que no ve más allá de lo que alcanzan sus ojos. La respuesta de Jesús, en cambio, revela la fe verdadera que se concreta en la fuerza del Espíritu, el testimonio y la apertura universal (v. 8).

El relato de la ascensión, inspirándose en un antiguo simbolismo según el cual Dios desciende a la esfera humana para entrar en comunión con ella, explica el sentido profundo de la resurrección y glorificación de Cristo. Más que un esquema espacial, la clave de interpretación de la ascensión es de carácter teológico: expresa el encuentro entre Dios y la humanidad, la comunión del ser humano con la trascendencia y la eternidad. En otras palabras, la ascensión es una confesión de fe en Cristo Resucitado.

Segunda lectura: Efesios 1,17-23

Lo sentó a su derecha en el cielo.

Escrito tardío de Pablo (62-63 dC) y destinado a una comunidad incierta (pues el término «efesios» falta en muchos códices), la carta a los Efesios podría tratarse de una circular dirigida a varias comunidades, una especie de encíclica o disertación teológica válida para toda la Iglesia.

En nuestro fragmento (1,17-23) el apóstol transforma el relato de la ascensión de Jesús (cf. primera lectura y evangelio) en oración y confesión de fe. En 1,17-19 el apóstol pide para los suyos «espíritu de sabiduría y revelación» para que puedan conocer a Jesucristo, y un deseo de contem-

plación para que puedan comprender la gloria infinita de Jesucristo por encima de todo ideal, valor o sistema del universo.

Los versículos siguientes (vv. 20-23), en forma de himno, expresan la íntima relación entre la Pascua y la Ascensión: Dios resucitó a Jesús de entre los muertos y lo sentó a su derecha en el cielo. Según algunos, los términos «principado», «potestad», «fuerza» («poder») y «dominación» («señorío») designan seres espirituales de naturaleza ambigua (benévolos o enemigos) sobre los que se especulaba en algunas corrientes del judaísmo. El objetivo de Pablo no es otro sino afirmar la supremacía de Cristo, en el cielo y en la tierra.

Evangelio: Mateo 28,16-20

Se me ha dado pleno poder en el cielo y en la tierra.

Con esta página evangélica, que podría titularse «la misión universal de los discípulos» concluye el evangelio de Mateo. En Galilea, donde inició su ministerio, Jesús se aparece a los once discípulos (faltaba Judas) dotado de un poder universal, como bien lo indica la reacción de los discípulos que al verlo «se postraron» ante él (vv. 16-17). El verbo griego *proskynein* significa «adorar» y la adoración a Jesús es uno de los temas predilectos de Mateo. Un hermoso ejemplo se encuentra en el evangelio de la infancia, cuando los magos de oriente «ven y adoran» al niño en el pesebre (2,11).

La acción de Jesús consiste en acercarse a los discípulos (sólo aquí y en 17,7 es Jesús quien se acerca a ellos y no al revés) y hablarles. Las palabras que pronuncia el Resucitado son una síntesis de todo el evangelio compuesta de una afirmación, un mandato y una promesa.

La afirmación es una afirmación de soberanía (28,18b): el Padre ha constituido a Cristo Señor del universo (literalmente: «en el cielo y en la tierra»). El mandato es un mandato de misión (28,19-20a) que se condensa en la expresión «haced discípulos a todos los pueblos», es decir, haced comunidad, haced Iglesia con todos, sin distinción entre judíos y gentiles, sin excluir a nadie. Las dos actividades principales de la misión son «bautizar» y «enseñar». Bautizar en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo y enseñar todo lo que Jesús había mandado. La promesa es una promesa de asistencia (28,20b), que es garantía de eficacia y estímulo siempre esperanzador en medio de las pruebas y tribulaciones que la misión conlleva: Jesús garantiza su presencia cuando la Iglesia realiza dicha misión, una presencia continua («todos los días») y sin límites («hasta el fin del mundo»). Jesús es el «Dios con nosotros» (cf. Mt 1,23).

Domingo de Pentecostés

Primera lectura: Hechos de los Apóstoles 2,1-11

Se llenaron todos del Espíritu Santo y empezaron a hablar.

El capítulo segundo de los Hechos de los Apóstoles describe la manifestación del Espíritu el día de Pentecostés (en griego, «el quincuagésimo día»). En la tradición hebrea Pentecostés, fiesta que celebra las primicias y la cosecha, se llama también «fiesta de las semanas» porque cae siete semanas después de la Pascua, en primavera. Con el pasar del tiempo, Israel incorpora esta fiesta en la historia de la salvación, convirtiéndola en una celebración de las grandes alianzas entre Dios y su pueblo.

Lucas la presenta como una teofanía, es decir, como una manifestación divina parecida a la que tuvo lugar en el monte Sinaí, el día de la promulgación de la ley, acompañada de viento (tempestad) y fuego (fulgor), signos de la trascendencia de Dios. En la escena lucana de Pentecostés el signo que domina la escena es el fuego. Más que signo del amor, de la potencia o de la purificación del pecado, el fuego representa a Dios con su fuerza irresistible. El fuego es intocable, huidizo, pero por otro lado conforta, ilumina y da calor. Así, el Espíritu es la revelación de Dios, de su potencia y cercanía.

Si en el relato de la torre de Babel (Gn 11), primera lectura de la misa de la vigilia, la diversidad de lenguas indicaba división y confusión, aquí en cambio indica unidad. Países diversos llamados todos a formar una sola Iglesia.

Segunda lectura: 1 Corintios 12,3b-7.12-13

Hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo.

El Espíritu Santo es la fuente de los diversos carismas (o dones espirituales) presentes en la Iglesia, pues siendo uno y siempre el mismo, otorga a cada persona la gracia que le conviene. Esta es la idea de fondo de este fragmento tomado de la primera carta a los Corintios (12,3b-7.12-13). Téngase en cuenta que la comunidad de Corinto era bastante conflictiva y entre sus miembros habían surgido discordias precisamente a causa de estos dones.

Los carismas son llamados «dones» por la gratuidad, «servicios/ministerios» porque son un servicio a la comunidad y «funciones/actividades» en cuanto actos de la potencia de Dios (vv. 4-6).

Pablo exhorta al equilibrio entre la diversidad y la unidad por medio de una imagen muy conocida en el mundo greco-romano: la del cuerpo humano con sus miembros. Dicha imagen ilustra la naturaleza de la Iglesia, que es presentada como un cuerpo animado por un único espíritu y compuesto de muchos miembros cuyas funciones son necesarias para el funcionamiento de todo el organismo (vv. 12-13).

Evangelio: Juan 20,19-23

Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo. Recibid el Espíritu Santo.

Esta página evangélica ya se leyó el segundo domingo de Pascua (en esa ocasión se incluyeron los vv. 24-29 que describen la incredulidad de Tomás y los vv. 30-31 que constituyen el epílogo del evangelio). El autor del cuarto evangelio describe el primer encuentro del Resucitado con sus discípulos reunidos en Jerusalén. Con esta solemne aparición, Jesús cumple la promesa que les había hecho en su discurso de despedida: «Volveré con vosotros».

Jesús comunica el Espíritu Santo a toda la asamblea reunida mediante un gesto simbólico: «alentó/sopló sobre ellos» (en el leccionario: «exhaló su aliento sobre ellos»), seguido de la frase: «Recibid el Espíritu Santo» (v. 22). Es de notar que en hebreo «espíritu» y «viento o soplo» se expresan mediante el mismo término (*ruah*). De ahí que el gesto realizado por Jesús y las palabras que pronunció comparten la misma imagen. El viento, principio de fecundidad, sugiere la idea de re-creación ya sea del universo: «La tierra era un caos desértico y las tinieblas cubrían el abismo, mientras el espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas» (Gn 1,2), ya sea del ser humano: «Entonces el Señor Dios formó al ser humano del polvo de la tierra, sopló en su nariz un hálito de vida, y el ser humano se convirtió en un ser viviente» (Gn 2,7). La idea de una nueva creación también está presente en el gesto de Jesús: soplar sobre los discípulos simboliza la aparición de una humanidad nueva que respira el aliento de Jesús. De él reciben los cristianos su Espíritu, es decir, la fuerza para llevar a cabo su misión, la que él mismo había recibido del Padre.

Cristo vino a quitar el pecado del mundo (Jn 1,29) y el Espíritu Santo continúa esta obra en la Iglesia: «A quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos» (Jn 19,23). Liberar del pecado es transmitir santidad, es favorecer un acercamiento positivo a Dios. Pentecostés es, pues, la celebración de una relación profunda entre Dios y el ser humano.